taría más grata si partiera de la raíz en lugar de extenderse desde arriba, como una niebla. Lo que ocurre es que este tema, por su propia naturaleza, y a nuestro entender, exige ser comprensivo, desde luego, pero con pasión. Es esa ausencia de pasión dentro de un tema apasionante lo que nos resistimos a justificar.—F. G.

TRATADOS POLITICOS DE JUAN GINES DE SEPULVEDA

La Biblioteca Española de Escritores Políticos, del Instituto de Estudios Políticos, ha publicado, en cuidada edición, este interesante libro de un gran humanista (1). Es conocida ya sobradamente la obra de este cordobés, nacido en Pozoblanco, Juan Ginés de Sepúlveda, que desde niño se siente llamado al cultivo de las letras, en especial el griego y el latín, lenguas hoy sólo dominadas por algunos expertos, pero en tiempos del escritor a que nos referimos, del dominio de todo aquel que se tuviera por un hombre cultivado e imprescindibles para andar por la vieja Europa de los hombres cultos. Un renacentista es Juan Ginés de Sepúlveda de los pies a la cabeza, viajero por el mundo antiguo del saber. El, pensador, nacido en la patria chica de Séneca, de colegial en Alcalá, es elegido por su aplicación y clara inteligencia para continuar sus estudios en el Colegio de los Españoles, de Bolonia. Los maestros más importantes de su época le enseñan Humanidades, Filosofía, Teología y Derecho, y en su producción vemos reflejada esta selecta y variada cultura. Se puede decir que su formación total se completa en Bolonia, y muy pronto, igual que Séneca triunfara en Roma siendo preceptor de un emperador, a él, siglos después, se le han de abrir las puertas de la magnífica Corte Pontificia. Es el propio Pontífice, entonces felizmente reinante, Clemente VII, quien le encomienda nada menos que la importante misión de traducir y comentar toda la obra de Aristóteles. Pero Carlos V, al pasar por Roma, se entera de que allí hay un español; se lo disputa al Papa, y nuestro autor pasa a la corte del emperador como cronista y capellán, preceptor del que después fué Felipe II y de nuevo capellán y cronista del rey hasta su muerte.

(1) *Exhortación a la guerra contra los turcos. Del reino y deberes del rey. De la compatibilidad entre milicia y religión.* Traducción castellana del texto original latino, introducción, notas e índices por ANGEL LOSADA. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1963; 328 pp.

En *la exhortación al emperador Carlos V para que, hecha la paz con los príncipes cristianos, haga la guerra contra los turcos,* vemos todo un tratado razonando con erudición en sus argumentos, aconsejando al emperador, árbitro en aquella ocasión de Occidente, para que luche contra la Media Luna, el enemigo entonces, como ahora lo es el bloque ruso-asiático, y tiene para el lector actual un interés grande, puesto que el mundo atraviesa hoy por un peligro igual con el que felizmente acabó Felipe II en Lepanto, mandadas las naves por el hijo natural de Carlos V, don Juan de Austria, como sabemos.

Sobre el reino y deberes del rey es un libro de sabios consejos a un príncipe cristiano sobre la manera de gobernar con justicia y prudencia un reino, como lo hiciera Felipe, y hasta con consejos de cómo debe ser la capitalidad del reino en condiciones de salubridad y situación, que quizá, sin duda, influyó en que el Rey Prudente la asentara en la villa, entonces poco importante, de Madrid, pues en la descripción de clima, aires, aguas y fuentes parece que talmente habla de la actual capital de España.

En *Demócrates Primero, o la compatibilidad entre la milicia y la religión cristiana,* asistimos a un jugoso diálogo fingido en Roma, en que hablan Leopoldo, alemán un tanto luterano; Alfonso Guevara, español y viejo soldado, y Demócrates, griego, a quien hace protagonista de aquella discusión.

Plantea el problema eterno de los «objetores de conciencia». Difícilmente puede encontrarse más acertada doctrina que la que vemos desfilar por estos argumentos sutiles, tan convenientemente sacados de la filosofía de Aristóteles, que es la que más influye en Sepúlveda, y de la filosofía y teología cristianas, con palabras de textos bíblicos y de los Santos Padres, todo en forma de diálogos, que nos recuerdan, por la clara exposición, la obra de Platón. En fin, todo cuanto se puede decir de la guerra justa y las virtudes propias del soldado y su compatibilidad con los principios de la religión cristiana pasa amena y profundamente reflejado por estas brillantes páginas, con detallado estudio sobre la fortaleza y la magnanimidad como virtudes cristianas y condenando los desafíos, «duelos o campos», salvo en caso de legítima defensa.

Estos tratados de Juan Ginés de Sepúlveda quedan hoy vivos en el pensamiento de todos, aunque estuvieran escritos para dar consejos a príncipes de un mundo antiguo tan lejano del nuestro; porque los que hoy asistimos al esfuerzo por dar solución a problemas internacionales de no inferior envergadura que aquéllos tenemos no poco que aprender de ellos.

La obra total está admirablemente traducida por Angel Losada,

buen conocedor del latín en que fueron escritos los diversos textos, y que él ha sabido poner en un castellano sonoro, exacto, sin que pierda la elegancia en la dicción, pues, al contrario, lo embellece con su acertadísima versión, que hace agradable la lectura. Como cuidadísimo investigador, Angel Losada, al final, nos da un completo «índice onomástico e ideológico», en donde, por orden alfabético, el lector puede rápidamente encontrar el nombre, el dato exacto, la cita deseada o el tema que un estudioso desea investigar, labor que facilita notablemente la lectura y hemos de elogiar, pues supone muchas horas de trabajo en una labor de síntesis tan útil en nuestro tiempo, en el que con frecuencia hay que ir rápidamente al dato deseado. Puede felicitarse al Instituto de Estudios Políticos por haber sacado del olvido estas obras y darlas, tan bien presentadas, al lector común de hoy y también al especialista de muy diversos campos de la investigación. Sociólogos, políticos, historiadores y economistas pueden estar satisfechos de que han ganado, con la lectura de este libro, muchas horas que hubieran perdido en antiguas bibliotecas consultando textos viejos, muchas veces difíciles de leer con el apresuramiento, que tanto limita nuestros conocimientos.—JESÚS JUAN GARCÉS.

LIBROS RECIBIDOS

ANTONIO MARTÍNEZ MENCHÉN: Cinco variaciones. *Seix Barral. Barcelona, 1963.*

Extraordinario, extraordinario libro; asombroso a veces; compacto, articulado, profundo siempre. Progresivamente absorbente. Un verdadero golpe, definitivamente asestado. (No conozco al autor.) Antonio Martínez Menchén es un escritor de primera línea. ¿Con influencia de Joyce? Sí, sin duda. Pero estas cinco narraciones unidas forman un libro tan interesante como Gentes de Dublín. *Nos atrevemos a decir que incluso más estructurado. Aparte la utilización de procedimientos técnicos —con predominio del «monólogo interior»— tomados de* Ulises, *en* Cinco variaciones, *se consigue la atmósfera de profunda piedad, de solemne y solitaria sabiduría que descubrimos en «Los muertos», el último y mejor cuento de* Gentes de Dublín. *Una vez más —una de las contadas veces— nos cercioramos de que la tristeza y la soledad, bien detectadas, resultan épicas, sensaciones épicas, gigantescas. A su través, y por una especie de vieja y suave rebeldía, com-*

prendemos que amamos al mundo apasionadamente, desesperadamente. Es que Cinco variaciones *es un libro dinámico. Nos fatiga una vez leído: nos pesa encima, como una verdad.*

No hay nada que decir del argumento. Es un temblor obstinado que habla de cinco corazones —pueden ser sólo dos: un hombre, una mujer. Es una traspasada afirmación del mundo, acotada de fracasos, sueños, desolaciones, ideales, amor, reproches, cansancio, miradas. Es un llanto; dulzura y congoja. Es una tumultuosa piedad, morosamente entregada, como un cariñoso regalo interminable. Es un largo poema; es, sobre todo, un largo poema que nos hace de nuevo amar las edades de nuestra especie, amar sus casas, sus cafés, sus utensilios, sus cacharros, sus manos, sus ojos, su historia. Y amar el arte, y amar el inmenso silencio que, sin duda, todo artista tiene que soportar para crear ese bloque de verdad humilde, duradera. Y amar las palabras que, de pronto —aquí— ya son también música, solemnidad, emoción. Casi todo libro que sobrepasa lo mediocre nos recuerda nombres. Esta vez la memoria encuentra a Joyce, Pavese, Antonio Machado... Alguna vez, incluso a Dostoiewski. Veamos: ¿hay una limitación en este libro? El hecho de que los cinco personajes lleven el estigma de la derrota, ¿no es circunscribirse? ¿No es ignorar esa otra humanidad de vencedores y de constructores? Pero es que de estas cinco vidas se desprenden emanaciones de una sentimentalidad, a la que habrá quien llame ahistórica, y que nosotros preferimos llamar irreversible (pues se engendra en la sensación del obstinado tiempo), y esas emanaciones envuelven también, con mayor o menor testarudez, al vencedor. En fin, el paso del tiempo es ajeno a la esperanza y a la lucha, y no es deshonesto admitir que toda la humanidad lo sabe, sea cual sea su multitudinaria y variable conducta. Sobre ese conocimiento, entre otros, está elaborado este lento, emocionado y emocionante poema que habla de un hombre y una mujer a través de diferentes edades, en las que se sienten vivir y morir, mientras aman, y esperan, y miran, miran constantemente, con sus ojos humanos, nos miran.

FELIPE SORDO LAMADRID: Canción elemental. *Col. «Alcaraván». Arcos de la Frontera, 1963.*

Suscribimos un párrafo que aparece en la solapa de este libro: Canción elemental, *su primer libro editado, es también el que recoge su labor más temprana, en buena parte de homenaje a Alberti. Muy poco después de escribir estas gráciles y conmovidas canciones, o simultaneándola con ellas, Felipe Sordo Lamadrid accede a una poesía de*

doble y marcada vertiente intimista y social...» En efecto, puede decirse que el libro está partido en dos; de un lado, un grupo de canciones que, por sus temas y sus procedimientos formales, pertenecen a ese tipo de poesía que entendemos por «andaluza» y que Alberti cosechó con tan gran acierto como para influir durante muchos años en la obra primera de buena parte de poetas posteriores, andaluces y no andaluces; de otro lado, en Canción elemental *se asume un aire del tiempo actual, y de aquí proviene un grupo de poemas, breves en su mayor parte, con un contenido social y construídos, por lo común, en verso corto, o muy corto, o excesivamente corto, un poco a la manera de Blas de Otero. Tanto en el emplazamiento de algunos de estos poemas —Castilla— como en un tono, efectivamente, intimista, meditativo y espectador de la naturaleza, se advierten también las frecuentes lecturas que el autor debe dedicar a Antonio Machado. «Que yo te quiero solo dar/mi voluntad/más mi tristeza», son tres versos que señalan, y unifican, a la doble vertiente —andaluza y castellana— de que han brotado los poemas de* Canción elemental.

FERNÁNDO QUIÑONES: Retratos violentos. *Col. «Alcaraván». Arcos de la Frontera, 1963.*

Estos diecinueve «retratos violentos» constituyen, en realidad, un libro de homenajes; homenajes a personas, a seres; homenajes, por lo mismo, llenos de calor. Quienes conocemos a Fernando Quiñones (a pesar de lo cual voy a ser objetivo, como se verá) sabemos que su más profunda peculiaridad, su distintivo, es el aire caliente de la amistad, una amistad ofrecida por él, si no siempre bajo un minucioso cuidado hacia la susceptibilidad de las gentes (a veces, por ejemplo, no acude a una cita, lo cual puede ser más condenable que no escribir un buen poema y tan condenable como cometer uno malo), sí marcada por la intensidad. Esta peculiaridad de Fernando Quiñones, unida a su definitiva capacidad de admiración (y aquí se demuestra de nuevo su prisa existencial: su capacidad de admiración tiene más de intensidad, de avaricia, que de selección, y al decir selección no nos referimos a los seres, sino a sus obras, aunque la distinción es penosa), esa fórmula de cordialidad apasionada es, precisamente, lo primero que se advierte a lo largo de este libro y, sin duda, la materia prima con que está construído. Sólo así se explica que no exista apenas diferencia de calidad entre los poemas que lo constituyen, a pesar de que hay una diferencia de catorce años entre la redacción del primero y el último. Esto exije,

ser tenido en cuenta, toda vez que su obra poética de hace catorce años, tomada en bloque, es notablemente —digamos sumamente— inferior a su obra reciente, tomada en bloque.

Una vez señalado el elemento base del libro, podemos descubrir en él un cierto nihilismo, forzosamente tímido, sofocado, asaltado por la pasión; una cierta tristeza, arañada por una especie de borrachera vital; un cierto cansancio, interrumpido para continuar caminando, o corriendo, por medio de un mundo vasto —tan lleno de sol como de noche—, y vasto porque está, justamente, inundado de mujeres y hombres. Está muy claro que lo que principalmente interesa a Fernando Quiñones es la criatura humana, tomada con su nombre y apellido, con su personal historia, con su gesto dado, con su individualidad maciza. (Aquí hay quizá un defecto sobre el que ahora no podemos extendernos: la discriminación es catastrófica; pero el asentimiento a todo gesto humano, sin ninguna discriminación, puede resultar enojosa, conservadora. No se trata de amortiguar la generosidad, sí de respaldarla con una vocación de exigencia.)

De estos homenajes, unos son a seres vivos famosos o desconocidos por el lector; otros, a muertos. Todos —con más o menos fortuna en la realización formal, aunque, insistimos, con poca diferencia de calidad—, con un invisible deseo de que los muertos pudieran resucitar y los vivos no morir. (Dicho en prosa apresurada resulta pueril: adivinado entre versos resulta coherente.)

Se cierra el libro con una larga oda al cante «jondo». Para verla bien, para verla desnuda (¿por qué no va a ser un poema como una mujer? Se han propuesto metáforas más obscenas), acaso sea necesario haber asistido a una de esas inolvidables madrugadas de cante en que un anciano, ante una siguiriya, permanecía horas con su vaso a medio camino. O quizá esa imagen, ese recuerdo, esté puesto de modo clandestino entre los versos de ese poema.

En suma, Retratos violentos *es un libro con bastante pasión y suficiente calidad, aun cuando algunos de sus poemas proceden de una época en que el autor acertaba escasas veces como acertó en aquéllos que ahora ha seleccionado.*

EUGENIO ALEXANDROVICH EVTUCHENKO: No he nacido tarde. *Editorial Horizonte. Madrid, 1963. (Versión de J. L. Pacheco sobre una traducción directa del ruso de Natalia Ivanova. Prólogo de A. Crespo.)*

Por causas de todos conocidas (el antiestalinismo combativo de Evtuchenko, su sonoro viaje por países europeos y americanos, su regreso a la URSS, donde se le obligó o convenció para hacer unas desorientadoras declaraciones, un poco parientes del «enredo Pasternak»), por todo esto, la publicación de la obra de Evtuchenko en nuestro país tenía que ser, necesariamente, un acontecimiento. Pero, por razones de honestidad (esto es: no disponemos de la documentación imparcial precisa para juzgar en ese sentido), nosotros preferimos ahora atender en esta reseña únicamente a las peculiaridades poéticas de esta edición del poeta ruso.

Por supuesto —es muy raro que la fama se mantenga en pie sin apoyo—, Evtuchenko es un buen poeta. Hay en él algo desconocido entre nosotros: se trata de una frescura elemental, auténtica. Una naturalidad que hace pensar en el descubrimiento de un nuevo procedimiento poético. Diríamos que la suya es una poesía moral, sencilla, inflamada en todo momento de ternura y de decisión. Una evidente poesía joven. *Absoluta carencia de lo que podríamos llamar «retórica poética común»; en Evtuchenko, la retórica es también original, personal; es una retórica de propósito; no un defecto de construcción, sino una necesidad; se trata de que quiere hacerse entender de un enorme número de seres humanos. Y ahora sabemos que lo consigue, sin apartarse de los lectores especializados. El hecho de que de su último libro se hicera una tirada en ruso de cien mil ejemplares, rápidamente consumidos; el hecho de que en un recital dado en París reuniera tres mil espectadores, número superado en el mismo Moscú, y el hecho de que estas multitudes se sintieran identificadas, acentúa suficientemente el carácter sabia y coherentemente popular de su poesía; nosotros, lectores diarios de poesía, podemos asegurar que Evtuchenko cubre la exigencia estética que debe reclamarse de toda actividad artística, aun cuando el distintivo de su obra es, desde luego, la presentación de una conducta moral y social. Por lo demás, Evtuchenko, según vemos en esta amplia antología (250 páginas), escribe sobre numerosos temas, desde las situaciones amorosas hasta las resoluciones políticas, pasando por toda una gama de temas familiares en todas las poéticas apoyadas en esa formidable plataforma que es el hombre cargado con su preocupación.*

EDUARDO ROMANO: Entrada prohibida. *Edit. «Nueva Expresión». Buenos Aires, 1963.*

No sólo no es extraño que la primera de las cinco partes en que se estructura este libro esté dedicada al tango, sino que resulta profundamente lógico. Si el nihilismo pasivo, cansado, la definición cariñosa del arrabal, la honda piedad hacia la desgracia —en especial hacia la prostitución—, la necesidad de compañía son, como creemos, algunos de los fundamentos del tango argentino (1), *Eduardo Romano tenía que ofrecer un grupo de poemas que parecieran tangos. Aparte de los que integran la primera sección, los cuales incluso podrían cantarse, si estuvieran rimados, por reunir el desgarro y el «silencio» necesarios a este tipo de composición —que, como otras del gran folklore mundial, define ética, estética y filosóficamente a un gran número de seres humanos—, aparte esos poemas, deliberadamente enraizados con ese símbolo de emoción popular, y no sólo argentina, los restantes poemas del libro se advierten escritos sobre un idéntico estado de ánimo. Por lo que respecta al nihilismo, traemos un verso, cuyo argumento (casi todos estos poemas tienen lo que podríamos llamar argumento, lo cual es un vínculo más con el tango) es la permanencia, amarga y renunciadora, de un hombre en su habitación: «Cuando me saquen* —engañado o *tendido— de la pieza...» (es nuestro el subrayado). Están, además, construídos estos poemas con el desgarro emotivo y lingüístico a que estamos habituados los admiradores del tango:*

> Volví a la mugre de vivir de más,
> tirado en el rincón de la tristeza.
> El polvo del otoño me sepulta
> y yo digo a mi olvido por lo bajo:
> sinceramente tuyo.

Mas no queremos provocar en el lector la idea de que estos poemas de Eduardo Romano son simples reminiscencias en verso de un folklore tan afortunado y profundo como famoso. Sin negar que algunas letras de tangos conocidos son poemas, hemos de decir que estos de Entrada prohibida *constituyen, ante todo, eso: poemas. Hay en el libro una rigurosidad de construcción que muy a menudo consigue piezas verdaderamente compactas («Destino de poeta», «La loca»...). En suma, hemos leído este libro con la convicción de que fué escrito con emoción y sinceridad. Emoción y sinceridad pueden motivar un mal poeta. Aquí había, además, oficio suficiente.*

---

(1) Ver, a este respecto, el trabajo *Un ambiente de tango trascendido,* de EDUARDO TIJERAS, en el número 163-64 de esta misma Revista.

FRANCISCO RIBES: Poesía última. (Antología.) «*Taurus*» *Ediciones. Madrid, 1963.*

A quien exija de la poesía un actual contenido ético, recomendamos este libro. A quien exija de la poesía un coordinador tratamiento estético, recomendamos este libro. Está integrado por una selección de la obra de cinco poetas jóvenes: Eladio Cabañero, Angel González, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Angel Valente. Se recogen poemas de cada uno de sus libros publicados y algunas páginas inéditas de cada poeta. Todos ellos entregan aquí una seria y meditada preocupación por el hombre de carne y de hueso ubicado en su tiempo. Ninguno de ellos ha renunciado a construir su preocupación sobre una base sólida de belleza formal. Todo el libro tiene un carácter de auténtico compromiso y nunca renuncia a fundamentar este compromiso sobre un máximo de perfección en la realización del poema. Estos dos fudamentos se nutren el uno del otro y adquieren así, a la vez, la validez y la eficacia. Este libro desmiente, pues, de un lado, a ese tipo de literatura en verso iracundo, que no se socorre con la fuerza de convicción (con lo que la ira, aunque sea legítima, se disuelve como azúcar en agua), y de otro lado, desmiente también a un cierto esteticismo viudo de energía, viudo de contacto real con los seres humanos, que se disuelve también entre el silencio de su cauce delgado y casi clandestino.

Al frente de cada selección, el propio antologado da unas páginas a modo de poética, que, aunque no siempre sean lo que entendemos por poética, dan fe de una conducta personal; una especie de respuesta a la interrogante que, se supone, el lector abre o debe abrir ante la tarea del poeta, que al cabo, y esto lo han comprendido y asumido los cinco antologados, es un hombre público. El libro lleva también un prólogo del antólogo, en donde, de manera cordial y acertada, justifica la presente selección.

Lo más importante de este libro, en fin, es que sus autores dicen en él palabras de hoy, digamos palabras puntuales, y que las dicen, merced al respeto que en ellos se adivina por la belleza, de una manera convincente. Esto es sumamente importante; ya va siendo hora de que quienes condenan a la estética, sin saber bien, desde luego, de qué hablan, caigan en la cuenta de que la estética, en arte, es una manera de coherencia interna y silenciosa. Por otra parte, ya hace tiempo que fué hora de que quienes consideran a la poesía como una especie de sensación intemporal por encima de los sucesos que acotan el calendario humano, comprendan que esa poesía, por algunos críticos y autores llamada «pura», es una abstracción. ¿Y no es el arte, en suma, una tentativa de reducir a claridad lo irracional? Si no sirviera para esto, ¿para qué serviría?

CARLOS SAHAGÚN: Siete poetas españoles. (Antología.) «*Taurus*» *Ediciones. Madrid, 1963.*

Esta es la segunda edición del libro. La primera apareció, en la misma editorial, en septiembre de 1959. Al final del breve prólogo del autor leemos: «Si este libro despierta en el lector distante cierta afición a la poesía, habrá cumplido su única misión.» Opinamos que ha cumplido y continúa cumpliendo ese cometido, por la razón siguiente: el lector especializado no suele comprar este tipo de libro; los siete poetas que en él se recogen son lo suficientemente importantes como para tener de ellos la obra completa o una selección más amplia que la que ofrecen estas antologías (los siete poetas incluídos aquí son Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Federico García Lorca y Rafael Alberti —de ellos puede haber alguno puesto en tela de juicio por los lectores, pero todos son ya famosos, las antologías no los descubren—; el total de páginas es de 210); esto nos hace pensar que esta vez el libro no ha sido consumido por ese público especializado, sino por lectores menos personalmente interesados en la poesía, esto es, por lectores cuya indiferencia ha comenzado a ser vencida (esta ilusión de la indiferencia vencida sirve, al menos, para algunos de esos lectores). Y esto es grato. La aparición de esta segunda edición trae, de este modo, la certidumbre de algunos lectores nuevos provocados por la primera. Decimos que esto es grato; es más: es sumamente grato. En un mundo como el actual, lleno de ira, unas veces legítima o justificada y otras veces bastarda, nos queda, de entre las lentas soluciones, la de conseguir que el hábito de pensar se extienda todo lo más posible, y si es de la mano de entidades como la de Antonio Machado, miel sobre hojuelas.

La selección de cada uno de los poetas es tan flexible como lo es su obra total; se han elegido poemas de entre lo más representativo de sus autores; representativo no sólo en su filosofía o cosmovisión esencial, sino incluso en sus diferentes modos de resolverla. Al frente de cada selección aparece una nota biobibliográfica.—G.

PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA

El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, en homenaje a la memoria del insigne Embajador, Historiador y Poeta mexicano Francisco A. de Icaza, instituye en el primer centenario de su nacimiento (1863-1925) un Premio con periodicidad anual, dotado con veinticinco mil pesetas (25.000) y titulado PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA.

Podrán concurrir a este Premio los escritores españoles que presenten trabajos sobre temas culturales de cualquier índole referente a Méjico, publicados en libros, revistas, folletos, periódicos, etc., o bien inéditos.

Excepcionalmente, al Premio correspondiente al año 1963 podrán concurrir todos los escritores españoles, hispanoamericanos y filipinos que comenten en algún trabajo específico la ingente obra diplomática, historiográfica y literaria realizada por don Francisco A. de Icaza.

BASES

Las bases para el PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA correspondiente al año 1963 serán las siguientes:

1.ª *Podrán concurrir a este Premio todos los escritores españoles, hispanoamericanos y filipinos siempre que los trabajos que se presenten estén escritos en lengua española y comenten o glosen la obra diplomática, historiográfica y literaria realizada por el insigne mexicano don Francisco A. de Icaza.*

2.ª *Las obras serán originales e inéditas.*

3.ª *Los trabajos se presentarán por duplicado, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara.*

4.ª *Los originales se presentarán llevando un lema en la primera página y se acompañarán de sobre cerrado y lacrado, en el que figure el mismo lema, y dentro, el nombre del autor, dos apellidos, nacionalidad, domicilio y «curriculum vitae».*

5.ª *Los trabajos deberán enviarse al Jefe del Registro General del Instituto de Cultura Hispánica, avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria, Madrid-3, España, mencionando en el sobre PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA.*

6.ª *El plazo de admisión de originales se contará a partir de la publicación de estas bases y terminará a las doce horas del día 15 de septiembre de 1964.*

7.ª *La dotación del PREMIO «FRANCISCO A. DE ICAZA» DEL INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA es de veinticinco mil pesetas.*

8.ª *El Jurado será nombrado por el Ilmo. Sr. Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, actuando como Secretario del mismo el Director de la Cátedra Ramiro de Maeztu del Instituto de Cultura Hispánica.*

9.ª *La decisión del Jurado se hará pública mediante la OPORTUNA ACTA el día 12 de diciembre de 1964, festividad de Nuestra Señora de Guadalupe.*

10.ª *El Instituto de Cultura Hispánica se compromete a publicar el libro premiado.*

11.ª *La tirada de esta primera edición será de mil ejemplares y su autor percibirá, independientemente del Premio, y en concepto de derechos de autor, el 12 por 100 del precio de venta al público a que resulte cada ejemplar.*

12.ª *La liquidación de los derechos de autor se efectuará a la salida de prensa del primer ejemplar de la edición.*

13.ª *El Instituto de Cultura Hispánica se reserva el derecho de una segunda edición en idénticas condiciones de tirada y derechos de autor de la primera.*

14.ª *El autor premiado se compromete a citar el Premio otorgado en todas las futuras ediciones y menciones que de la obra se hicieran.*

15.ª *Se entiende que con la presentación de los originales los señores concursantes aceptan la totalidad de estas bases y el fallo del Jurado.*

16.ª *El plazo para retirar los originales no premiados terminará a las doce del día 30 de marzo de 1965.*

17.ª *Se redactarán nuevas bases para el Premio «Francisco A. de Icaza» correspondiente al año 1964.*

Madrid, 6 de febrero de 1963.